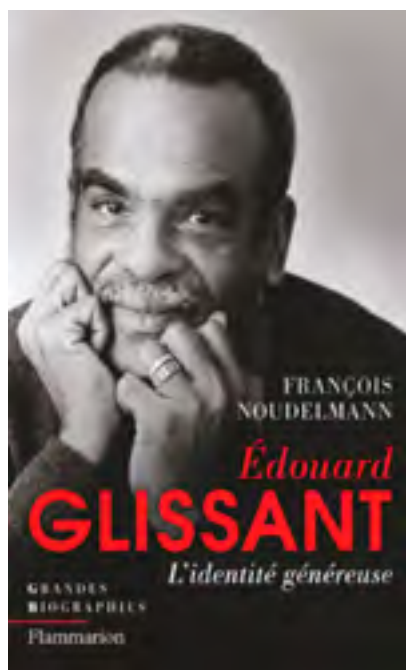


Édouard Glissant, más allá de los fantasmas

A propósito de: François Noudelmann, *Édouard Glissant. La identidad generosa*. Flammarion (“Grandes Biografías”), 2018.

Loïc Céry
loic.cery@tout-monde.com



Fue en abril de 2005, y en el avión que me llevaba a Túnez, para el coloquio internacional que Samia Kassab-Charfi, Sonia Zlitni-Fitouri y yo organizamos en Cartago alrededor de la obra de Édouard Glissant. A unos cuantos asientos del mío, reconocí a François Noudelmann, quien me conocía solo de nombre. Unos meses anteriores, preparando con Samia Kassab-Charfi y Édouard Glissant en la rue Saint-Guillaume, la lista de universitarios a los cuales solicitamos su asistencia a este gran evento, nos repartimos la tarea de contactar a unos y otros, glissantianos esenciales y ya “históricos”, o con un fervor más reciente. Unos días después, le solicité por correo: “Señor, esperamos contar con usted en este evento académico dedicado al trabajo de Édouard Glissant, etc. “ Al levantarme de mi asiento, aproveché la ocasión para saludar al que había escuchado con mucha atención durante unos años en los programas de filosofía de France Culture. Asombrado por ser reconocido, parecía halagado.

Jueves, 24 de febrero de 2018 . Hoy, trece años después, vuelvo a poner ante mí el libro que me llegó ayer por la mañana: François Noudelmann, *Édouard Glissant. La Identidad generosa* (Flammarion, “Grand Biographies”, 2018). Después de una lectura atenta de la primera a la última página de este grueso libro de 430 páginas, vuelvo a pensar en ese encuentro improvisado de 2005, y aún no puedo explicarme que aquel que dialogó muchas veces con Glissant en sus programas de radio, sea también el autor de esta “biografía” que, en primer lugar, me avergonzó, y que ahora provoca en mí una sorda cólera.

Ese mediodía, escuché la entrevista que le hizo Jean Le Brun en “La marche du siècle” en *France Inter*. Antes de la presentación ligera pero eficaz de la concepción glissantiana de la creolización, se explayó en una risotada en el plató de Jean Le Brun. Glissant, el hombre de las mujeres. El viejo bribón. Y se reía, e intentaba presentar lo que a Glissant le gustaba, cómo comía... Sacaba la verdad del hombre más allá del retrato en pie del pensador. Noudelmann, digamos, finalmente revelará quién fue “Glissant realmente”. Sin esperar que la primera vergüenza se convirtiera en algo más, estaba dispuesto a ir hasta el final de esta lectura integral y cuidadosa, antes de detenerme en mi juicio. En el relato que François Noudelmann hace del simposio de Cartago, al cual lo habíamos invitado en 2005, me di cuenta de que yo había dejado en su mente la imagen de un “joven admirador” de Glissant (esta es su expresión, página 78). Y en ese momento en que interrumpo la lectura, en ese primer obstáculo, en este tipo

de molestia considerable que me impide continuar, me pregunto si él no tenía razón después de todo: es cierto, yo entonces era un “joven admirador” de Glissant, y hoy menos joven, admiro aún más su inmensa obra y estoy diariamente preocupado por la urgencia de darla a conocer. Hay que resolverlo: cuando se admira a un escritor y a su obra, cuando se respeta su persona, a veces nos irritamos rápidamente ante la menor injuria o lo que interpretamos como tal. Tuve la oportunidad de conocer personalmente a Édouard Glissant, y no lo reconozco en lo que he leído hasta ahora en estas páginas. Pero tenía ciertamente que dar la oportunidad a la que es la primera biografía del autor de *La Lézarde*, tenía que redoblar la atención, tomar las notas que fuesen necesarias, probar mezclar mi subjetividad con aquello que veo desplegarse página tras página, y como dijo Césaire: *Be cool my friend, be cool*.

Pero la lectura está ahora acabada, y me deja atónito. Estaba muy interesado en ciertas páginas que trazaran los contextos de escritura, que desplegaran los diferentes períodos creadores de Glissant; estaba interesado en el interés del autor por colocarlos en el marco intelectual de las épocas que había atravesado el escritor martiniqueño. Y en esos momentos de entusiasmo, me dije que tenía que pasar por encima los obstáculos, por demás crecientes a medida que avanzaba en la lectura. Pero el balance seguía pendiente, inexorablemente, pues incluso los períodos creadores, en algunos pocos detalles, se aclararon en otras partes. Estoy aquí entonces decepcionado al término de esta lectura. Asechar una verdad detrás de la fachada que constituyen los escritos es ya altamente cuestionable cuando se trata de literatura, y constituye desde hace tiempo, una ilusión positivista. Pero por lo que concierne a Glissant, vuelvo a desconfiar del libro mismo, que encubre ya la verdad de su autor, pues Glissant está todo entero en sus libros. Evidentemente, François Noudelmann no ha leído a Glissant. Él lo ha recorrido. Tendré la ocasión de aportar algunos ejemplos de esta extraña mistificación fundada en un desconocimiento absoluto de una obra de Glissant que hemos suficientemente llamado “abundante”, pero que es sobre todo de una precisión temible. Los que deben temerlo, además, son aquellos que se contentan con aproximaciones a su espacio, y creen descubrir el grial allí donde sería suficiente con leer. Una concepción terriblemente tonta y frívola de la literatura se insinúa entonces en este reportaje universal sobre la supuesta cotidianidad de un creador. Hay que estar consciente de ello y ponderar este rebajamiento de la mirada. Sé que, dependiendo de los temperamentos, este libro provocará enojo o una pena real en aquellos que conocieron a Glissant y quienes lo contemplan aquí caricaturizado, terriblemente mofado, y que ven su memoria pisoteada. Aunque, conociendo la indecencia de la época, no se podía esperar sino esto: que una autoproclamada “gran biografía” describiese el menú del calvario físico representado por la agonía de Édouard Glissant, quien, con su pudor característico, no hubiese podido soportar ver su sufrimiento servido en el plato de esa manera.

Este libro, que es todo menos una biografía en el sentido pleno del término, es una verdadera superchería, y ciertamente se publica en un momento en el que, efectivamente, el reinado de la indecencia y del cinismo se maneja con una orientación singular, al punto de que alguien puede ser atrapado por dicha superchería. Por ello, para evitar ese riesgo, este libro debería leerse cuidadosamente. Sus eventuales lectores tendrán la libertad de leerlo como lo entiendan, pero me gustaría explicar aquí los pocos puntos que creo que asegurarán que todos, sin embargo, no caigan en la trampa, envuelta en el muy engañoso atractivo de una supuesta “biografía-verdadera” de Glissant, cuando solo es un retrato tendencioso, viciado tanto en su base como en su ápice. Mi cólera sigue intacta, pero no es a golpe de ira que uno puede argumentar correctamente; por lo tanto, me esforzaré en presentar, lo más metódicamente posible, los vicios ocultos y el vicio profundo de este retrato imaginario, que en numerosas páginas resulta difamatorio. Sé que en la era de los medios en la que todos nos bañamos, se parte del principio (bastante revelador sobre nuestra relación con los libros y las publicaciones), de que las biografías, sobre todo las grandes, no se leen realmente, por lo que sería después de todo inútil “reaccionar”. Imagino también que se dirá que después de todo, es mejor que se hable del autor, aunque se hable mal, que no hablar, y que su lectorado crecerá así, nada más que por el “ruido” editorial (como se mide hoy, gráficas de apoyo, el ruido mediático). Época de rebajamiento, de nivelación, de no importa que se erija en valor, de la vulgaridad devenida brújula. La literatura, las relaciones con los lectores y sus autores, no se puede valorar según las curvas de audiencia. ¿Qué me importa? Si “se habla de Glissant”, ¿si se habla sobre la base de una serie de mentiras, patrañas y de manipulaciones? ¿Una biografía sibilina que intenta sustituirse por la sustancia de la obra? Claro, no puedo renunciar a denunciarlo, y a alertar sobre la infinita abdicación que se juega aquí. Es también nuestra relación colectiva con una idea de la literatura, de la creación y de la vida del espíritu que se pone en juego en la sumisión a este ceno editorial. Sin ningún pelo en la lengua, escojo decir la impostura.

Todo en el ego o Narciso biógrafo

Después de solo unas pocas páginas, nos fijamos en el carácter profundamente egótico del propósito de Noudelmann. Presentándose de principio a fin como el confidente esencial de Glissant, el cual tuvo definitivamente la oportunidad de su vida de encontrárselo en su camino, Noudelmann se prenda de la imagen que construye de Glissant y veremos a continuación la fantasía de verse convertido finalmente en su hijo espiritual. El lector, tomado como rehén por esta operación narcisista muy embarazosa, se complacerá viéndolo en ese sillón de su ego desbordante de sí mismo, cómo nuestro distinguido biógrafo se pregunta desde su prólogo:

¿Conocer personalmente al autor es una desventaja que condena al retratista al testimonio subjetivo? De hecho, mantuve una amistad con Édouard Glissant durante los últimos doce años de su vida. Enseñamos, viajamos, discutimos juntos. Realicé entrevistas públicas con él, en radio y en revistas. Como otros amigos, conocí al hombre cuando escribía y cuándo no escribía. Esto no proporciona un conocimiento superior, pero me permitió abordar, quizás, la complejidad de su vida como escritor y dar cuenta de ciertos resortes psíquicos; claro, con subjetividad. Sin embargo, el ideal de una biografía objetiva e imparcial me parece que adolecería de un positivismo ingenuo. Eso

no me impide las transferencias psíquicas y los juicios de valor de los biógrafos, aunque estuviesen enmascarados por los cánones del género. La ficción se aloja incluso en las relaciones más impersonales. (P.13)

Introducido ya en el juego, en cierta medida, podríamos decir que aquí el lector puede advertir cómo esta presentación de la amistad podría ser una desventaja, pues jugando a la falsa modestia, Narciso se nos presenta divirtiéndose. Sea como fuere, la apuesta es a una subjetividad finalmente rendida a la ficción. En suma, la mezcla de géneros erigidos en un modelo. En cualquier caso, ansioso por expresar una verdad que trascienda las únicas “horas gloriosas”, nuestro biógrafo propone con valentía el valor de representar “una existencia vivida con su fervor y sus dudas, sus apoteosis y sus abismos”. Ese será entonces el verdadero Glissant, lejos de la imagen convencional difundida por todos, excepto nuestro biógrafo omnisciente, quién conoce a Glissant incluso en las profundidades de su psique.

Se apreciará rápidamente: lo que se da después de este anuncio de comienzo no es ni una ficción en su forma correcta (por lo cual habría tenido imaginación personal y constituiría un verdadero trabajo de novelista), y mucho menos una biografía ni objetiva, ni siquiera subjetiva, en el sentido de que uno pudiera entenderla. De un extremo a otro, se trata de una completa extrapolación edificada sobre ladrillos de información sesgada y reinterpretada, pero siempre sobre un fundamento de autoridad que no se explica por sí mismo, pero que es a pesar de todo predominante: el de una relación personal elegida entre todas. Elegida por encima de todos los demás, por encima de los demás amigos, por encima de la esposa, por encima de la familia, con la mirada de la posteridad presente y futura. Sin duda, nadie se había atrevido a semejante apropiación, absorbiendo casi absolutamente a un ser y a un escritor tan apegado a su libertad y celoso de sus secretos. Hay algo... del “ogro” en esta voluntad abrumadora de hacer suya una vida y una psicología de creador. Hablando de esta figura aparentemente obsesiva de “el ogro”, porque nuestro biógrafo definitivamente tiene sus admiradores, y en el continuo flujo de su retrato, gratifica “generosamente” a sus lectores, *ad nauseam*. Ante la comida, Glissant habría mostrado una adicción constante, sobre la que no ahorrarán detalles estas páginas tan elegantes, mediante una fuerte recurrencia de este calificativo de “ogro”:

Édouard come sin límites e, incluso no devora la comida, tiene un lado Gargantúa, evaluador de sabores y poniendo buena cara. No se precipita sobre los platos, sino que los ingurgita meticulosamente y podría mast carlos hasta el infinito, tomando de repente la decisión de detenerse, sin que se sepa si ha alcanzado la saciedad o si ha visto razonable ponerle un término a la ingestión “(p 18); Édouard pulveriza una [...] docena de [cangrejos] que ingiere con una aplicación de ogro” (p.210); “Édouard se abandona a su apetito de ogro, engulle churrascos y pollo al vino, botellas de Saint-Estèphe, apenas contenido por la vigilancia de Sylvie que intenta limitar el daño de tal desenfreno en alimentos en su diabetes “(pp. 275-276); “Para un hombre que era tan goloso y curioso acerca de la buena comida, avalando los platos con un apetito de ogro, el biógrafo avisado debería instalarse en su estómago y auscultar sus glándulas y papilas. (422)

El programa del biógrafo parece ubicar en el mismo lugar en que Onfray quiere colocar el estómago de los filósofos. Por ello busca en las entrañas intestinales del escritor. Y, de hecho, podemos contar con “biógrafo avisado” para recordarnos regularmente, de manera repetitiva que sí, decididamente, Glissant era ese ogro ante la comida, también lo era ante la dependencia compulsiva de las mujeres y del sexo. Volveremos sobre ese tema. El biógrafo es el supuesto testigo de estos excesos en todo, viendo en ellos ciertamente una fuerza de la naturaleza, pero siempre desde la perspectiva de un confidente elegido, de un cercano irreductible, de un hijo adoptado: “su debilidad física y el cuidado que ella entrañó me alentó un afecto que podría calificarse de filial”, “Amé este tierno abandono que me hubiera gustado conocer con mi propio padre “ (p 409-410) Pero nos ha prevenido: “Las transferencias psíquicas” están en la cita, son legítimas y son apropiadas cuando uno está decidido a revelar al hombre detrás del genio.

Pero es esencial saberlo: Noudelmann nunca tuvo, excepto en su propia imaginación, el rol determinante que se atribuye al lado de Glissant. Nunca fue ni su confidente (si no uno entre muchos otros), ni su alter ego, y mucho menos su hijo espiritual. Esta “amistad” de la que habla tan abundantemente, que él mismo se obsequia, que recuerda de manera tan repetitiva la duración de doce años, se otorga una importancia desproporcionada. La realidad es muy diferente. Sobre todo a partir de la notoriedad internacional que él conoció, Édouard Glissant fue objeto de los ataques intempestivos y regulares de una multitud interesada de universitarios, de actores culturales y otras personas de la sociedad que, por su profesionalismo y cálculos personales, tenían interés en mostrarse al lado del gran escritor “nobelizable”. En su cuerpo defensivo, estuvo la razón misma de su audiencia mundial, presionado por este entusiasmo generalizado, cuya naturaleza conocía perfectamente bien. Noudelmann, cuya obstinación era ejemplar, había ganado poco a poco acceso al círculo interno del escritor. Hoy, cuando vierte en algunos cientos de páginas el objeto de esta frecuentación interesada, la finalidad de este interés bien entendida aparece en su limpidez. Pues no era suficiente haber sistemáticamente destruido los ladrillos de información a través de esos largos encuentros, sino que también habría de movilizar postmortem los testimonios más diversos, más selectivos y más distorsionados, amasados a voluntad para proponernos hoy estas páginas destinadas a liberar la verdad de una vida. Todo esto es una superchería, digna de los periódicos amarillistas. Una operación cuya intensidad está concebida para impresionar, dejar sin palabras a los lectores. Y, sin embargo, es necesario hablar bien, expresar las mentiras, la manipulación, la estratagema, la prestidigitación desplegada con respecto al curso de la vida de un hombre que había depositado su confianza en el frente de las relaciones humanas. Esta confianza que pudo haber sido otorgada por Édouard Glissant a Noudelmann es ahora mucho más que traicionada: es pisoteada en favor de una maniobra editorial.

El supuesto hijo fue apodado “Tancredo” por Glissant, quien tenía costumbre de etiquetar con apodos a uno y otros frecuentemente encriptados. El Tancredo arribista y dispuesto a cualquier cosa, había sido acampado por Lampedusa en *gatopardo*.

Cuando Tancredo se relaja: la “biografía” del incontinente

Yo hablé de “flujo”, y este es el diseño: no creemos que, aparte de la basura que viene y sube por estas páginas, esta lectura sea aburrida en sí misma. Al contrario, la escritura de Noudelmann fluye de la fuente, incluso gotea, y se convierte ante nosotros, en un viaje voyeurista sobre un escritor y sobre una vida, a menudo uno se atasca en un líquido espeso o seminal, que depende de las circunstancias. Para el relato de la infancia de “Ti-Edouard”, como se complace el biógrafo en tomar este apodo infantil, será el jarabe pegajoso y ácido que produce páginas de una estupidez sorprendente. He aquí la infancia de Glissant traída a la imaginería exótica con clichés tenaces: desde una Condesa de Ségur con la que habría tomado el sol o de la biblioteca rosa en versión tropical, de “la fraternidad de los bribones” (pág.51) a los “Pequeños mosqueteros en la fregona” (pág. 52), pasando por “el júbilo de las jóvenes de su adolescencia, corriendo y disputándose el sonido de los tambores”. No, nada se habrá escatimado. Pero hay que reconocerlo, incluso podríamos deshacernos del espeso jarabe de una imaginería trillada o folklórica; pero será más difícil escapar de la obsesiva, terrible e insalubre exudación de una libido omnipresente que el biógrafo pretende haber presenciado directamente. No, no escaparemos a ella, nos atrapa y nos golpea. Abandonando los rellenos de páginas dignas de las malas fotonovelas de los años setenta, aquí está la vida de Édouard Glissant, marcada por la obsesión de las mujeres, en cualquier lugar, en cualquier latitud, en Martinica, París, Cuba, Marruecos, Estados Unidos:

Ella halló en Édouard su gusto por el verbo y por el lirismo político. Caminan hacia el jardín de Luxemburgo, degustando el placer de los instantes febriles y la inminencia fatal de sus labios mezclados” (p. 111); “Ella abraza a su amante con un frenesí comunicativo, descubriendo su cuerpo esbelto y voluptuoso, su piel negra y luminosa que enmascaran sus hábitos militares [...] Ambos transpiran en exceso y el sudor ácido deviene el perfume de su acre deseo” (p. 189-190).

Se quiere que sigamos a Édouard en este estilo kitsch, de niño despabilado por su tía Olympe, por “una tarde de gran calor”, de un joven jugando con sus encantos por todas partes en el París de posguerra, de viejo libidinoso en todos los horizontes. Y por el relato del corto período durante el cual él se emparejó con la actriz Monique Drake del Castillo, la época de *La Lézarde*, los acentos de mal gusto devienen francamente dudosos:

Su deseo se desata como si lo hubieran contenido durante años. Édouard confiesa que pensaba en ese cuerpo a cuerpo desde el primer día hasta la obsesión, y su disfrute no estaba listo para detenerse. Recorre la piel blanca de Monique en sus superficies más pequeñas, probando nuevas texturas y perfumes nuevos en el mismo tapiz persa. [...] la piel blanca de Monique le provoca un deseo incendiario [...] A menudo soñaba con este contacto que siempre se le negaba, a veces de forma humillante. [...] No puede evitar por lo tanto disfrutar de esta cualidad superficial y, lo que es peor, tomar un trazo, como si penetrara la blancura misma en el cuerpo de Monique. “(149, 152, 153).

Aquí, la transferencia de este viejo fantasma, su atribución particular y gratuita, dice mucho sobre todo de los prejuicios del biógrafo, típico de la tan vieja y obstinada imaginería del hombre negro que codicia a la mujer blanca, paradigma que encontramos como lugares comunes en el *Deep South* americano y como cliché persistente durante los períodos coloniales. Esta atribución fantasmática es bien conocida por los antropólogos raciales, y forma parte incluso de la gramática colonial básica, de los prejuicios que se apropian hasta de la psicología de una virilidad del hombre negro en el puesto de observación neurótico de la blancura femenina. Aunque comprendiéramos que decididamente en este libro no se nos preservará de nada, no deja de sorprendernos encontrar insinuaciones tan angustiosas, tan pesadas, bajo la pluma de un biógrafo del que no habíamos sospechado que navegara en tales aguas.

Pero de todos modos, todo pareciera bueno en este libro para intentar crear la idea de que Glissant siempre estuvo bajo la influencia de una especie de adicción erótica, a quien le “le gusta sentir que todas las mujeres que había conocido continuaban en su corazón, a pesar de sus traiciones” (p. 257). Por lo tanto, no hubo nada para Édouard, nos dice su eminente biógrafo, que no se sometiese al impulso de seducción irresistible: “él no puede resistirse al placer de seducir, de provocar el deseo de otro, y quizás un poco de amor. Podría abstenerse justo antes de declararse, sin embargo, él no domina el juego amoroso y deviene apenas en un cuerpo defendiéndose del objeto de la mujer que él seduce” (p.190). Tancredo será inagotable en relación a esa hipotética libido desenfrenada y a esa dependencia afectiva frente a las mujeres. Este es uno de los trazos constantes del relato complaciente de las aventuras sentimentales múltiples, reales o imaginarias, en todo caso atribuidas a Eduarda Glissant, quien le había dicho en Nueva York: “¡Tancredo, no puedes fundar tu vida en el deseo! »(133)

En el flujo y el flujo continuo de estas páginas que frecuentamos todavía, sin resignarse a ello, circula una serie interminable de extrapolaciones establecidas, ya sea a partir de chismes, ya sea a partir de controles aleatorios, de especulaciones dadas por hecho. Tancredo delira, y no se va por las ramas. Los ejemplos son legión, tomemos algunos de los más representativos. Evocando la presencia de Breton en Martinica, bajo la Ocupación, imagina que Glissant, niño, habría seguido a Breton y Césaire deambulando en la isla (una anécdota contada con frecuencia por el propio Glissant, pero de otra manera):

Después de las clases, el pequeño Glissant sigue a Breton y Césaire y los escucha discutir los textos para Trópico y planificar excursiones a la selva tropical, en Absalon, en el camino hacia Trace. Édouard asiste a este amor a primera vista entre los dos poetas, y sus utopías trazan en él modelos para el futuro. Se dice a sí mismo que un día compartirá estas efervescencias y fomentará también las explosiones poéticas. “Monsieur Breton, Monsieur Breton”, pregunta el poeta en ciernes, “¿cómo se hace un cadáver exquisito?”

Reconoceremos el estilo definitivamente estúpido de Tancredo tan pronto trata de evocar a “Ti-Edouard”, él tan encantador y negrito que está jugueteando alrededor de sus mayores. Y cree soñar. En el imaginario exótico, todo el mundo frecuenta a todo el mundo. Allá abajo, en las islas amorosas del viento: los grandes poetas que hablan bien francés y los pequeños estudiantes meritorios y un poco desvergonzados, ah, los bribones... Siempre ante la vista de Césaire, nos enteramos de que en su partida de Martinica, en 1946, el joven Édouard, decididamente muy audaz, habría escrito a su profesor de filosofía del Lycée Schoelcher esto: “Preparas una vejez infeliz”, la misma frase que también habría sido dicha por Glissant a Césaire en 1956, en la familiaridad y en secreto, después del primer Congreso de escritores y artistas negros en la Sorbona. Pero bueno, no podemos exigir exactitud de aquel que no titubea ante ningún tipo de escena, ni teme a ningún mal gusto.

Toda una serie de extrapolaciones que se adjuntan al período de la infancia proviene de una notoria ignorancia y, en sí misma bastante inquietante, de la sociedad antillana, de la complejidad de sus mentalidades y de las historias que se aglomeran en ella, una terrible ignorancia en efecto para quien pretende hablar de la psicología en la formación de Glissant, en el seno de esta sociedad martiniqueña. Uno de los famosos episodios de esa mixtura intenta hablar de una realidad que desconoce, provocada por uno de esos momentos en los que, una vez más, Tancredo no se resiste a una escena directamente sacada de una imagen de Epinal, en este caso la del joven de una familia pobre, introducida por su padre en una lujosa casa de terratenientes, Békés (en este momento Édouard padre reconoce al hijo Édouard que de ahora en adelante toma el nombre de Glissant). Y el delirio ataca:

Édouard, el hijo, penetra entonces un mundo que no había percibido sino a través de las barreras de esas inmensas propiedades donde viven las familias de los colonos y sus cortadores de caña. Su padre lo lleva a tierras opulentas, lo hace visitar los jardines y sus cocoteros, bordeados por árboles viajeros y aves del paraíso. En el interior de una casa compuesta de dieciséis cuartos y un piso, él le enseña a caminar, paso a paso, en un salón donde hacen sus labores los sirvientes vestidos de blanco. (P.43).

Sigue la delirante descripción de este deambular del pequeño Édouard acompañado por su padre en la casa de los Békés. Por cierto (nunca debemos privarnos de este tipo de perlititas), observaremos en el pasaje antes mencionado, “árboles viajeros”, para hablar de los árboles del Viajero. También nos complace saber que en Martinica hay “veranos” (“A Édouard le gusta pasar sus veranos en la casa de Case-Pilote”, 47), pero sigamos adelante. Volvamos al absurdo que se presentará de inmediato a cualquier martiniqueño: no entra quien quiera en una casa de Békés, y sobre todo un pequeño hijo de empleado negro. ¡Nunca hubiera llegado a la idea de un empleado administrativo entrar en la casa de un Béké! Algo impensable. Negros o mulatos: recibidos en la terraza o en los cuartos traseros, como máximo. Imagínense: el 25 de septiembre de 2004, organicé en París IV-Sorbonne un día de estudio consagrado a Saint John Perse, “Para celebrar a un poeta”. Invité a Édouard Glissant a dialogar con Pierre Oster de sus relaciones con Perse. En conclusión, esto es lo que Glissant nos había precisado, que preparaba un libro sobre el poeta:

Creo que fue el poeta y el escritor que mejor me ha ayudado a tratar de entender lo que pasa en el misterio de la creación poética. Creo que es a Saint-John Perse a quien debo más en mis tentativas de ir en el camino de este misterio. Ayer por la tarde dije en alguna parte que nunca entré en mi juventud en una casa de Béké, y estoy a punto de escribir un libro sobre St. John Perse y anoche les dije a mis amigos que es mi manera de entrar en la casa. (El registro completo se puede encontrar en Sjperse.org: <http://sjperse.org/hommagesjp.tr2.dialogue.html>)

Poco preocupado por las realidades de Martinica, de las que habla doctamente, Tancredo extrapola una y otra vez, escribe no importa qué, sin siquiera darse cuenta de la barbaridad de lo que cuenta. Aprovecho la ocasión para señalar, a voleo, ejemplos de absurdos que solo serían suficientes para calibrar el nivel de solidez de este libro. Hablando de los acontecimientos de diciembre de 1959 en Fort-de-France, nuestro biógrafo dice: “La calma llega el 24 de diciembre, después de la reunión del Consejo Regional que condena la violencia policial” (p.165). Pero no existía un consejo regional en Martinica en 1959, que es un departamento francés y no conoció la regionalización sino en 1972 y, sobre todo, la ley de descentralización de 1983. Otra cosa, tomada en el libro de nuestro biógrafo crítico: cuando Glissant consagra una buena parte de **Ormerod**, su última novela, a la epopeya cimarrona de Flore Gaillard con Sainte-Lucie al frente de lo que se llamó “el ejército francés de los bosques”, el biógrafo habla voluntariamente de sus tropas bajo el nombre de “Brigands”, haciendo referencia directa a esta cita adoptada voluntariamente por la historiografía colonial para depreciar una de las primeras “guerras cimarronas” antillanas, de 1794-1795 - como la han mostrado los trabajos del historiador Gregor Williams. Esto es lo que dice Noudelmann: “Un personaje extravagante irradia el paisaje entre el bosque de personajes: Flore Gaillard, una esclava rebelde de Sainte-Lucie a fines del siglo XVIII, que fue violada por su maestro y se convierte en la jefa de una banda de brigadistas sembrando el terror entre las plantaciones”. (p.343) Es verdad que para leer a Glissant, y sobre todo para comprenderlo, no es suficiente pretender entrar en su psique como en un molino.

Supuesto biógrafo, de una infinita malevolencia, a medida que avanza su delirante relato, Tancredo completa su retrato de Glissant sobre el fundamento de esas extrapolaciones e interpretaciones personales. En 1967, Édouard Glissant regresó a Martinica, funda con Marc Pulvar el Instituto Martiniqueño de Estudios, el IME, una escuela secundaria revolucionaria, basada en el proyecto educativo de una reapropiación de su historia y su cultura por los jóvenes martiniqueños. Cuando se trata del período de la EMI y al rastrear la bella aventura intelectual y humana en los cimientos de esta escuela, el biógrafo llama la atención sobre un nuevo aspecto puramente imaginario del escritor, el del beneficiario aburguesado, en su vida con su esposa de entonces, Maryse Glissant:

Gracias a las florecientes cuentas del Instituto, ellos se embriagan con una buena vida que reafirma su elección de regresar a su país natal. Desde el premio Renaudot, Édouard no había experimentado esta facilidad financiera, lejos

de cualquier preocupación por la economía. Ahora está manejando un Mercedes, y Maryse conduce un convertible Triumph, con el pelo al viento, suave y descolorido, como una estrella de cine de Hollywood. (226)

Se nota en esa cita que entre todos los personajes femeninos mencionados, el de Maryse Glissant es objeto de un retrato caricaturesco, la de una arribista que, después de ponerle el guante a Glissant en París, se instala con él en Martinica, antes de regresar a Francia preocupada por su única ambición, dejando atrás a sus hijos, luego de abandonar a su padre negligente, para posteriormente regresar a poner orden y autoridad en un hogar en ruinas. La imagen de las mujeres en este libro es desastrosa, desde la de Maryse Glissant a la de la esposa de Félix Guattari, a quien se le presenta como cleptómana y ninfómana compulsiva. La indecencia, siempre y de nuevo, para las personas a quienes ve en su propia intimidad, entregadas a la comida. Y basándose en su única interpretación, en sus juicios de corta papel, árbitro de las elegancias de la vida de Édouard Glissant, Tancredo se pregunta sobre el Glissant de la época del EMI:

¿No se unió a la casta de los ricos, a esta burguesía martiniqueña que se ha acomodado a la injusticia y cree que gana porque rueda en hermosos autos, juega golf y vive en las casas tan lujosas como las de los Békés? »(240)

Sorprendente visión que asocia el éxito de una escuela con un ascenso social caricaturesco y, sobre todo, muy alejada de la realidad de Glissant, que nunca se identificó con esta pequeña burguesía martiniqueña. En este flujo ininterrumpido, me gustaría llamar la atención sobre otro proceso, particularmente insidioso y tortuoso, que Tancredo utiliza abiertamente. Y es el borrar a los seres y relaciones que singularmente contaron para Glissant (recordemos que la estrategia desplegada en estas páginas es presentarse continuamente como el único confidente). Pero esa omisión es, paradójicamente, demasiado evidente para pasarla desapercibida. Así sucede con Mathieu Glissant, el último hijo del escritor, cuando se nos especifica en la página 31 sobre la última visita del poeta a la escena de su nacimiento en la colina Bezaudin: “Édouard remonta esta colina, con amigos que hacen una película sobre su vida y sus ideas”. Ahora, esta película, *Édouard Glissant, la criollización del mundo* se realiza en 2010 por Yves Billy y Mathieu Glissant, que es al mismo tiempo el interlocutor del escritor, el desencadenador de sus recuerdos y el co-realizador. Habría sido necesario, al menos, en la preocupación por un verdadero relato biográfico (que sabemos desde el prólogo que no es la suya), mencionar este papel del hijo en el último retorno a las fuentes de su padre. Pero eso podría quizás haber mitigado seriamente el egotismo desplegado de Tancredo. Uno se siente golpeado, siempre en términos de estas omisiones, al constatar la relegación de los vínculos muy intensos de Glissant con Patrick Chamoiseau, personaje clave de los manifiestos comunes de los últimos años. Pero esta relación humana y creativa normalmente habría requerido un tratamiento exhaustivo de los temas de la literatura y de las visiones de mundo. De igual manera, notamos la omisión del rol de Raphael Lauro, quien de 2008 a 2011 clasificó meticulosamente todos los archivos de Glissant a solicitud suya, y también constituyó el fondo que después de su muerte fue objeto de la adquisición por el BnF a título de “Tesoro Nacional”. Lo mismo ocurre con la omisión de la relación intelectual que Édouard Glissant tuvo con Alexandre Leupin, y de la importancia de las entrevistas de *Baton Rouge* que publicó con él en 2008 en Gallimard. ¿Todo esto molesta a Tancredo, todo eso va contra sus intereses narcisistas?

Y el flujo continúa, y la ola fluye. Glissant obsesionado sexual, sumido en la adicción a la comida, beneficiado vorazmente con el dinero en la época del EMI, habría que presentarlo también como un oportunista hábil, en una época en la que iba a entablar una relación amistosa con Dominique de Villepin. El biógrafo nos precisa que Glissant, buscando apoyos políticos en 2006 para crear el *Institut du Tout-Monde*, aprovechará su nombramiento por Jacques Chirac para escribir el informe sobre el Centro para la memoria de la esclavitud para avanzar sus peones y asegurarse sus espaldas. Tomando nota de la elección de Sarkozy, que obstaculiza sus ambiciones, se volcará a la región de Île-de-France y a un Jean-Paul Huchon vacilante, “de manera que él aproveche sin presión las connivencias implícitas entre todos aquellos que, de derecha a izquierda, rechacen al nuevo presidente Sarkozy, y se permite autorizarlo para ostentar sus amistades antillanas.”(272) La misa se ha escenificado: el Instituto *Tout-Monde* nacería en este delta de luchas por la influencia y los cálculos políticos, y Glissant orquestó entre bambalinas el pequeño juego de mecenas que le asegura lo que buscaba con locura.

Édouard Menguante: Glissant y el “miserable montoncito de secretos”

¿Piensan que el cuadro está completo? Se equivocan: no estamos sino a mitad de camino. Ante el plan anunciado desde sus premisas, tuvimos que estar atentos al prólogo que contiene el programa, y del que ya podíamos sacar consecuencias. Reflejando la corriente que se ha extendido gradualmente en el género biográfico desde principios de los años noventa, proveniente de los Estados Unidos, donde la basura es dirigida a “desacreditar las estatuas”, esa vena se ha introducido insidiosamente en Francia (así lo ilustra Onfray), insinuándose detrás de los pretextos más aparentemente anodinos. “Decir la verdad”, disimulando las falsas evasiones de los discursos convencionales y laudatorios, tal es la consigna y el credo que disimula mal una impostura y un simplismo destinado a “reducir” al costo que sea al autor en beneficio del hombre dado por verdad, *shrinking the autor* (menguando al autor). Nada nuevo bajo el sol: desde Sainte-Beuve (Proust tronando contra sus visiones positivistas que reducían la obra a la biografía), desde la interpretación de Gustave Lanson, el estructuralismo, el postestructuralismo, la deconstrucción, el posmodernismo han pasado por allí para declarar la muerte del autor, recuerdos de esas viejas lunas hoy en la cuneta. No es que me venga a la mente conectar a Tancredo con toda esta genealogía de la que ni siquiera merece la ascendencia, pero que permite comprender el biotopo en el que Noudelmann busca evolucionar hoy, del lado de los estudios poscoloniales que todavía están haciendo furor en los medios académicos estadounidenses aclimatados y proporcionando el modelo para este tipo de operación editorial. En 1957, aparecía en las pantallas estadounidenses una película de ciencia ficción de *Jack Arnold, The Incredible Shrinking Man* (El hombre

que menguaba), cuyo escenario anticipa el destino al que arriba la idea misma del autor. E incluso si en el inconsciente francés, la idea del gran escritor no quiere morir, permanece en ese vasto movimiento neurótico ante la creación del rastro imperceptible pero presente de una sospecha tenaz. El primero en haberlo presentado fue Malraux, cuya fórmula a menudo conocemos y con frecuencia entendemos mal, que aparece en *Les Noyers de l'Altenburg* antes de volver a tomarla de otra forma en sus *Antimemoires*: “Para lo esencial, el hombre es lo que esconde: un miserable pequeño montón de secretos”. Profetizó la reducción trágica de las vidas a lo accesorio y a la trivial acumulación de los secretos privados. Esto debe hacernos reflexionar, especialmente hoy, cuando estamos en las garras de la dictadura de la transparencia a la que todos estamos llamados a someternos.

Para Glissant, afortunadamente, la tesaurización de sus secretos encontró al heraldo de la verdad y su revelación todopoderosa, y es Tancredo, confidente y justiciero, arcángel de la verdad. Continuando con su glorioso servicio, él nos ayudará a abrir los ojos. ¿Pensaron, lectores ingenuos, que Glissant había perseguido hasta el final un trabajo fuerte sin preocuparse por modas, camarillas y escuelas de pensamiento? Tendríamos que expiar nuestras convicciones, y rendirnos ante la evidencia, ante el *esplendor veritatis*: el obsesionado, el ogro, el aprovechador, el oportunista que era, también era un escritor profundamente frustrado, había pasado toda su vida detrás de los honores y reconocimiento. Para demostrarlo, Tancredo no va a retroceder ante ninguna redundancia y, sorprendentemente, va reiterar en dos páginas similares (pp. 333 y 375) el relato de la supuesta amargura completa por el anuncio en 2008 del Premio Nobel de Literatura a JMG. Le Clézio. Habiendo explicado ya su profunda decepción por el premio Nobel de Derek Walcott, preferido por la Academia Sueca en 1992, Tancredo ya había ironizado sobre la molestia de Glissant: “Segunda vez,” el lugar de la estafa “, como ¡Dice la campeona Marie-Jose Pérec hablando de carreras deportivas! Agregando, “Por superstición, Édouard convierte este fracaso en destino, como si estuviera condenado a no ganar nunca, o al menos a no alcanzar la posición suprema.” (P 299). Dolorosa y pesada ironía de Tancredo, que no puede distinguir entre la voluntad de ser comprendido y la certidumbre de no ser, de una necesidad compulsiva de reconocimiento que él atribuye a Glissant. Pero el espíritu de Tancredo, como su escritura, procede de la circularidad y el psitacismo. No escapará entonces a la fatalidad de la reiteración porque, como para apoyar la idea de una obsesión con Glissant (una vez más) después de esta primera salva, te gratifica con esta escena de repetir el anuncio del Nobel de Le Clézio, “una noticia cae sobre él como un golpe de gracia” (página 333): “Esta vez, entiende que ha perdido definitivamente sus oportunidades de ser consagrado como Premio Nobel y de figurar un día en el panteón mundial de grandes escritores “(Ibid.). Esta última expresión, tan desgarradora en sí misma, es manejada por alguien que no se preocupa mucho por las condiciones reales de atribución del Nobel desde finales de los años ochenta, las negociaciones de dosificación por zonas geográficas, los cálculos geopolíticos y otros que, desde la negación hasta los abatimientos, conducirán a la coronación de un cantante folk en 2016. No, todo esto realmente no le interesa, ni muestra cómo el escritor hubiera merecido el Nobel: solo cuenta la intención de mostrar a un Glissant abatido, humillado y amargado (“El rumia sobre su mala suerte”, p. 375) y, al hacerlo, vierte su amargura en su entorno, que asume los costos:

Contra todo pronóstico, puede volverse huraño, incluso con sus amigos leales, bajo pretextos falaces, como el de alabar al nuevo Premio Nobel u otro escritor vivo. Él reclama la exclusividad de la admiración y encuentra que las pruebas de estima nunca son lo suficientemente fuertes. (376).

Se entiende que en el palmarés de las taras inexpugnables de Glissant, conviene, según Tancredo, añadir el haber sido un perverso narcisista: “Porque te amo, busco herirte”, confiesa a sus víctimas, buscando transformar su injusticia en el signo de la más grande afección.“ (Ibid.) El sádico sociable en su expresión más pura. Y el corazón grande de Tancredo confiesa haber sido víctima desafortunadamente de ese juego sádico de la humillación que atribuye a la “crisis de celos” de un “padre indignado” (p. 381). De hecho, incluso después de haber sido prevenido en el prólogo del riesgo de “transferencias psíquicas”, admito muy humildemente que ante este tipo de frase, estimo que el oficio de una reseña debe detenerse allí donde comienza el legítimo oficio de un psicoanalista profesional, que no soy. Sin embargo, uno podría pensar que, en lugar de escribir un libro de 430 páginas, podría habersele encargado el recurso a un sacerdote, ahorrándole a muchos lectores tomar para ellos el problema, el nudo, el hiato, mirando al individuo en sí mismo, escritor y emisor de una problemática ciertamente compleja. Pero ciertamente sería ignorar la grafomanía, otra forma de expresar un trastorno, que nos propone la publicación en cuestión que consideremos como tal. ¿Habría inventado Tancredo, en sus mismos delirios, un nuevo género, el del “biografómono”?

No hace falta decir que para cazar la verdad última, el yo profundo de Glissant, era ciertamente necesario que en la panoplia de Tancredo se agregara exactamente la del psicoanalista, que no vacila, como él, para revestirlo abiertamente para sondear en particular las relaciones del escritor con su madre y su padre. La relación madre-hijo es una de las otras obsesiones del libro, siempre de acuerdo con el método arriesgado de las hipótesis ociosas surtidas con la autoridad aprendida de quién sabe y que desentrañará la madeja de una psique y una familia. Todo reposa en la certeza, perfectamente gratuita, errónea y difamatoria, de que Glissant no fue realmente amado por su madre y que toda su vida procuró su gratitud. Al comienzo de la explicación clave que nos proporciona el biógrafo erudito, se lanza de lleno a este claro resentimiento de que Adrienne, su madre, se dedicara en secreto a Paul, su hermano nacido de un padre distinto de Édouard: “Él sospecha que su madre ama más a Paul, su hermano mayor. Esta duda no lo abandona y el mínimo indicio le parece confirmar tal preferencia. “(48) Ya nos había dicho unas páginas antes, interpretando al escritor de las Indias Occidentales (pero no a Chamoiseau) : ”Paul es un milat, como se designan los hombres de piel clara, mulatos, que tienen un origen blanco y negro. (35) Y es, por supuesto, a partir de esta diferencia pigmentaria, que imagina como drama secreto del afecto glissantiano, que el biógrafo sabio va a alimentar ese supuesto resentimiento, llegando incluso a decir que cuando Glissant escribió su *Monsieur Toussaint* y abordó la violenta oposición de negros y mulatos en Santo Domingo, no hizo sino hacer resurgir en él “viejos demonios infantiles y la memoria de Paul, su propio hermano”. (P.173)

Vemos allí el nivel cero del pudor de un libro por los supuestos traumatismos de la infancia. Las hipótesis sin ningún apoyo son las propias de los psicoanálisis de gabinete, habría entonces que tomar prestado este nuevo nivel, habría que hacerlo puesto que necesitamos nuestra guía. Retomando la vena *keitsch*, nunca abandonada por cierto, nos recompensará con un psicodrama secreto. El Glissant maduro de la época de la EMI, descubre en la habitación de su madre, en su mesita de noche la foto del hermano muerto a los veintisiete años y allí “le fue dado el golpe de gracia”, “Él sale pálido, vacilando entre la cólera y el deseo de llorar ante una injusticia que nunca será reparada” .(242) La puesta en escena de la transferencia aquí tiene algo tan truculento que podríamos estar tentados a reírnos, ya que se notará que Tancredo a menudo atribuye a Glissant un sentimentalismo que está fuera de lugar y muy alejado de lo que él fue realmente, una especie de “nerviosismo”, como se solía decir de las señoritas en crinolina de los salones parisinos del siglo XIX, y para permanecer en el registro psicoanalítico, una histeria consumada. Se le ve, por ejemplo, no llorar, sino gritar “con grandes sollozos” cuando se entera de la muerte accidental de Albert Beville en 1962, después de un accidente aéreo (cuya evocación, pp. 200-201, es un tópico manido), está a menudo al borde de las lágrimas o llorando francamente, en definitiva, apenas domina sus emociones. Un “coloso”, sí, pero con los pies de barro. Y sus piernas, tan frágiles y que habrían mantenido las cicatrices de los violentos golpes de su madre en su infancia (se reitera el detalle), esta madre que realmente no lo amaba y que muere sin haber podido comunicarse con su hijo (ver pág. 288-289) ... Y en cuanto al viaje de Glissant, efectuado unos días después de su nacimiento, en el costado de su madre del cerro Bezaudin descendiendo a Lamentin (que Chamoiseau bien vio como parte de “pequeñas mitologías personales” de Glissant”), el biógrafo psíquico ve una obsesión, “esta escena que no cesa de imaginar y de constituir como la estructura y el motor de su vida. “(P.305) Desde una escena original que atraviesa poéticamente todo su libro, Noudelmann construye su obsesión.

Estamos molestos, es cierto, por lo que puede aparentar ser una reescritura, pero que es principalmente una caricatura, incluso una destrucción en regla de todo lo que Glissant ha sugerido de la relación con sus padres en sus declaraciones, pero sobre todo en su obra, con el infinito pudor que lo caracterizó. Del lado paterno, el escritor no fue bien atendido, la dificultad de las relaciones con el padre, que lo reconoce después del éxito del concurso de becas, era conocida. Sin embargo, Glissant preservó el nombre de su padre, utilizó solo de su apellido como escritor e incluso jugó con su significado en sus novelas. Pero aquí volvemos al desconocimiento profundo de la sociedad antillana, para ver al biógrafo antropólogo tratar en conjunto al poder colonial, cuando se refiere al padre empleado administrativo de los Békés. Haciendo uso de esta lectura dirigida y mecánica de la obra, cita brevemente *Quatrième Siècle*, leemos: “el habla de sí mismo y, más precisamente, de su padre, el gerente de la casa de los Békés, encarnando los compromisos, la colaboración con los amos”. En pleno anacronismo, el biógrafo historiador probablemente ignora que la esclavitud fue abolida en 1848, y que los Békés en Martinica en la época de la infancia de Glissant ya no son “amos”, y que un administrador de finca no es un colaborador. Él no puede ciertamente saber más, sin haber considerado esta pregunta que, en cualquier caso se le escapa. La cuestión sobre el padre-gerente implica en la obra de Glissant una representación compleja, irreductible a esquemas preconcebidos. Qué importa, él reitera como de costumbre la idea que tiene de la visión del gerente en Glissant a través del supuesto odio hacia su padre: “Una cólera inexorable se había arraigado en el fondo de él contra este padre-administrador de los Békés, conviviendo con ellos, y de lame-botas de sus amos. (227) Y el hecho de que este padre fuese gaullista y exhibiera una foto del general De Gaulle en su casa, “le causa una herida ardiente, pero una vez más se calla, menos para disfrutar de la reunión filial que por voluntad para dominar su cólera y desprecio. Por una vez entonces Édouard, visto por su coach biógrafo, se habrá sabido superar su herida tan quemante. Y como se podía esperar, la muerte de Césaire en 2008 está próxima a la muerte del padre, el biógrafo psíquico, se sitúa por encima para hablarnos (página 373) de la “representación de Césaire en difunto paterno “ en el Espíritu de Glissant que él ve decididamente tan claro.

Y el libro, en este rebajamiento generalizado, ¿qué es el libro? Su preocupación no es la del biógrafo, *deus ex machina* de una vida y prestidigitador de una psicología: la obra, ausente, no es sino un ornamento. Habrá que tomar la dimensión de esta inverosímil frivolidad con respecto a lo que constituye la razón de ser de Glissant, leyendo las vulgarizaciones sobre las nociones de La criolización, *Tout-Monde o Relation*, aquí y allá, dando un barniz a este escamoteo en una vida que, después de todo, es la verdad del creador. Volvamos a los inicios de la operación. También nos referiremos, ciertamente todavía espantados, al sobrevuelo burlón que cierra este sorprendente libro.

Recuerda a Baudelaire: “A menudo, para divertirse, los pescadores/capturan albatros, enormes pájaros de los mares, /que acompañan, como fieles compañeros, /al barco que se desliza sobre el fondo amargo”.

Un biógrafo, eso se impide. La última fractura: la agonía de Édouard Glissant

Recordemos la frase recibida por Camus de su padre, como viático moral y ético: “Un hombre, eso se impide”. Al abordar la última parte de este libro, es esta recomendación, este llamado a la responsabilidad individual, lo que tengo en mente, ya que veo bajo mis ojos desfilan páginas que jamás hubiese imaginado fuesen escritas un día sobre la muerte de Glissant. François Noudelmann describe lo que constituye para cada uno de nosotros el último dominio privado, quizás el más inviolable y el más sagrado: las condiciones de la muerte. La de Édouard Glissant fue precedida por una larga y dolorosa agonía. Lo que se muestra aquí son las condiciones del deterioro físico de este hombre, de su enfermedad que este biógrafo ignorante no comprende, desde sus caídas en el coma hasta sus llagas, de las contenciones que tuvo que afrontar a expensas de la emanación de ellas. Todo esto es imperdonable, vergonzoso y degrada al autor que escribe el libro. Noudelmann piensa que escribe un texto: “A pesar de su cuerpo descarnado, la indigencia le da una belleza sepulcral, sus huesos han mutado en piezas de madera preciosa expuesta sobre el algodón.” (406) No tiene ninguna avergüenza de contar el hostigamiento que impuso al moribundo: “Has pasado al otro lado, has estado en muerte clínica, ¿has guardado el recuerdo de estos pasajes?” Su rostro se fija repentinamente y se despierta de

nuestra franca discusión.” (p.407) ¿La decencia, la simple decencia, elemental de todo ser humano ante la muerte, no ha sido suficiente para evitar que seamos testigos de esta última fractura?

Es ciertamente un caso límite el que se dibuja con esta biografía, más degradante que “generosa” y, a la luz de su sórdido final, forzosamente termina uno tomado por el vértigo. Quizás se levanten otras voces. La mía es la de un lector, luego la de un comentarista de la obra, que no pretende de ninguna manera detentar la verdad de Glissant, que nadie puede pretender poseer. Y menos leer y releer su obra, desde donde todo esta dicho de una vida y de una visión . Visto como un “admirador” por Noudelmann, trato de ser la frontera de la Relación que nos sugiere y anuncia el poeta. Y a menos que haya una indiscutible complacencia, no puedo aceptar verlo hoy menospreciado, degradado y ensuciado. No puedo ver ninguna otra intención en este libro que la de usar una proximidad usurpada, en lugar de servir a la obra y a la memoria del hombre que fue Glissant. Y esto es lo que percibo claramente en los fines egoístas del este biógrafo. La ira debe permanecer intacta, para la memoria de Édouard Glissant. Para el acoma.

Loïc Céry, febrero de 2018.

Fuente:

Édouard Glissant, au-delà des fantômes. A propos de_ Francois Noudelman, Édouard Glissant. *L'identité génèreuse*, Flammarion (“Grandes biographies), 2018. Mediart. 25 FÉVR. 2018 PAR LOÏC CÉRY. <https://blogs.mediapart.fr/loic-cery/blog/250218/edouard-glissant-au-dela-des-fantomes>

Versión española: Celso Medina